Núm. 37.

LA NOCHE DE TROYA.

EN UN ACTO.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

Eneas, Príncipe de Troya..............	Señor Isidoro Mayquez.
Creusa, Esposa de Eneas...............	Señora Antonia Prado.
Anquises, Padre de Eneas............	Señor Antonio Soto.
Eubeo, Soldado..............................	Señor Tomás Ramos.
Ascanio, Niño, personage mudo.....	
La sombra de Hector.......................	Señor Vicente Camas.
Vénus..	Señora Josefa Luna.
Arsenes..	Señor Vicente Ramos.

Al levantar el telon se descubre al lado de la izquierda el sepulcro de Hector, sin ornato alguno, y al de la derecha el de Páris, cubierto de flores y con pira ardiendo sobre él. Á los bastidoses varios árboles, y al frente el muro roto por medio, descubriéndose á lo léjos por la rotura el caballo. Dos bayles de troyanos y troyanas. Eneas acompañado de comparsa, de guerreros, y un page de armas que trae su lanza y escudo, sale interrumpiendo la accion; comienza á declinar el dia, de modo que durante el razonamiento de Eneas va oscureciendo el teatro lentamente.

En. Suspended esos viles instrumentos
cuya armonía de furor me llena:
¿qué causa puede haber para entregaros
con tanta libertad á la licencia

de los bayles y públicos festejos
sino es una ilusion bárbara y ciega?
Ars. Cuando Troya, despues de tantos años,
que vió sus muros de las huestes griegas
en vano rodeados, hoy se mira
libre, tranquila, y de cuidado exenta;
¿extrañas, grande Eneas, que sus males
en regocijos públicos convierta?
Eneas. Esa vana, esa loca confianza
que tanto os desvanece y enagena
de vuestra perdicion será la causa,
si no mienten oráculos y estrellas.
Fiados de Sinon en las palabras,
demolisteis los muros, que á la Grecia
diez años fuertemente resistieron,
porque entrase la máquina soberbia
del caballo fatal, que con pretexto
de religion se dedicó á Minerva.
En vuestro seno el fuego introdugisteis
porque su vasta mole acaso encierra
en sus entrañas cóncavas el daño,
que tan distante mira la imprudencia.
Diréisme, que los cielos aprobaron
vuestra resolucion, pues que de fieras
y silvadoras sierpes rodeado
falleció Laoconte, en las riberas
del cristalino mar, cuando la lanza
vibró contra el caballo su impaciencia.
Mas los dioses que siempre confirmaron
los vaticinios de Casandra bella,
el Paladion robado por Ulises,
y en fin la falsedad de la fe griega,
¿no debian rendir vuestro dictamen
mas que unas despreciables contingencias?
Verdad es que del viento protegida
ya la armada enemiga dió las velas
al inconstante golfo; mas ¿quién duda
que esto puede ser solo una apariencia
para volver de nuevo, y encontrando
los muros igualados con la tierra,
llevar la triste patria á sangre y fuego,
pasando á ser esclava desde Reyna?
Pero nada seria de importancia,
todos estos temores vanos fueran;
si viviese aquel héroe esforzado,
cuyos despojos cubren esas piedras,
sobre las cuales continuadamente
llanto de gratitud verter debierais.
Hector aquí reposa, aquí Hector yace,
aquí de Troya la mayor defensa,
á leve polvo yace reducida
aunque siempre su gloria será eterna.
¿y profanais tan respetable sitio?
almas viles, huid de mi presencia,
temblad mi indignacion, que justamente
vuestra cobarde ingratitud fomenta.

Á estas palabras se van todos los del bayle, queda con los suyos, y mirando al sepulcro de Hector, dice con ternura magestuosa.

Espíritu sublime, alma dichosa,
honor de Frigia; si hasta las tinieblas
del horroroso reyno del espanto,
donde vaga tu sombra lastimera,
pueden llegar amargos sentimientos
de un corazon doliente que se queja,
de la parca tirana, que en tu vida
cortó el mejor aliento de las nuestras;
mis lágrimas recibe por tributo
de la amistad mas pura, fina y tierna.

Queda suspenso, y despues de tocar la música un breve rato con alusion á estos sentimientos, casi al finalizar de ella reparando en el sepulcro de Páris y sus adornos, dice en tono admirativo.

Pero, qué es lo que miro? este sepulcro
que colocado estar mejor debiera
en el templo de Júpiter Tonante,
tan abatido y sin honor se encuentra:
cuando en este otro humean los inciensos
y le coronan flores lisongeras?
O, ciega ingratitud de los mortales!
pero supuesto que á mi arbitrio queda
el desagravio, tomaré venganza
de tan insoportable diferencia.
Flores y pira caygan á mis plantas,
en menudos fragmentos se conviertan,

Lo egecuta, y sigue indignado.

que no es digna de pompa la memoria
del vil perjuro, robador de Elena.

Páris traydor, oprobio de la Frigia,
huésped ingrato, fiera la mas fiera,
entre cuantas abrigan en su seno
ásperos montes é intrincadas selvas,
violador de las leyes mas sagradas
que dictó al corazon naturaleza:
tú fuiste orígen, sí, tú fuiste causa
de los males crueles que nos cercan.
Por tí la Frigia, juventud briosa
inundó con la sangre de sus venas
el patrio suelo, y por tu falso trato
de la parte mejor quedó desierta;
pero ya entre las lóbregas mansiones
del Erebo profundo, la severa
justicia de las furias infernales,
reune todo género de penas
en tu espíritu vil, no del Elisio
llegarás á la estancia placentera
que bañan las corrientes del Letéo,
destinada á los héroes que celebra
la fama universal por inmortales,
ántes, en cuanto el sol en su carrera
discurriendo del uno al otro polo
mira y registra con sus luces bellas,
será tu nombre siempre aborrecible
y odioso en las edades venideras:
y vosotros, ó necios miserables,
que al compas de las métricas cadencias,
os entregais á un júbilo engañoso,
temblad, temblad, que ya la ayrada diestra
del alto Jove, abrasadores rayos
se dispone á vibrar sobre la tierra
que alegremente hollais, y en ella misma
despojo habeis de ser de la sangrienta
venganza de los griegos cautelosos,
que así la destruccion de Troya ordenan;
cadáveres sereis yertos y frios,
informes troncos, víctimas funestas,
del extremo á que llega el confiado,
que alarga á sus pasiones la licencia.
Vase.

Magnífico gabinete: en su foro dos pequeñas aras, una destinada á los Dioses Penates, y otra á Vénus: á un lado un rico sofá. Anquises comparece postrado á la ara de Vénus: Creusa y Ascanio á la de los Penates: despues que cesa la música respectiva á la situacion, dicen.

Anq. Divina Vénus, númen soberano,
madre de amor, hermosa Citeréa;
si aun viven en tu agrado las memorias
de la verde dichosa primavera
de mi florida edad, estos aromas
que mi trémula mano en tu ara quema,
en tu piedad recuerden los favores
que merecí de tí: que es tu hijo Eneas,
y que siendo troyanos te imploramos,
para que en tí la patria auxilio tenga.
Creu. Y vosotros, ó genios tutelares
de la casa de Anquises, donde reyna
el amor estrechado con el culto,
velad en su custodia, protegedla,
pues porque los inciensos y holocaustos
mas reverentes y aceptables sean,
por medio de las manos de mi Ascanio
los ofrece la cándida inocencia.

Música alusiva á esta deprecacion entre tanto que representan lo que dicen los versos, y luego levantándose continúa Creusa.

Creu. ¡O qué en vano mi pecho atribulado
se procura animar!
Anq. Pues qué te altera?
Creu. No sé, padre: ay de mí! pero las dudas
y temerosa turbacion de Eneas
me llenan de un pabor irresistible;
imágenes terribles atormentan
mi pensamiento.

Trastornada como viendo lo que dice.

Veo ya á mi esposo
despedazado, sí, ya le penetran
el fuerte corazon que le animaba,
ya no existe, no existe, y no contenta
con este sacrificio la implacable
saña del enemigo, hasta la prenda
mas dulce de mi amor, hasta mi Ascanio
extiende su furor; no su edad tierna,
ni sus gracias le sirven de resguardo;
tened, tened, crueles, la violencia

egecutad en mi amoroso pecho,
respetad su candor; solo yo muera....

Como volviendo en sí, abraza á su hijo diciendo.

¡Hijo del alma mia, hasta qué extremo
un vano exceso de temor me lleva!
Anq. Sosiégate, Creusa; no adelantes
los males por venir ¿por qué te entregas
á un fantástico error que solamente
produce la ilusion de tus ideas?
Los Dioses inmortales protectores
de la virtud, sobre nosotros velan,
descansa en su poder, saber debias
que las desconfianzas son la ofensa
mayor de su piedad: así hija mia,
volvamos á sus aras, porque en ellas
humildes ruegos de inocentes pechos
siempre favores, y consuelo encuentran.

Vuelven á la misma actitud de sacrificar, acompañando la música, que interrumpe Eneas, y al verlos dice.

Eneas. Padre, esposa adorada, hijo querido!
O con cuánta razon á las eternas
Deidades acudís; pues solamente
nuestra conservacion depende de ellas;
las fatídicas voces de Casandra
en mi angustiado espíritu resuenan
sin dejarme un instante, y me persuado
á que su cumplimiento está muy cerca.
Anq. Cordura es siempre prevenir los riesgos,
pero ya prevenidos, es vileza
el no esperarlos con constante pecho,
y oponerles heroica resistencia:
cumpla el hombre consigo, y la fortuna
á su arbitrio disponga como quiera.
Creu. ¿Pero es posible, amado esposo mio,
que tantos hombres como Troya encierra,
en el público bien interesados,
se hayan de equivocar?
Eneas. Crensa bella,
el vulgo, como menos instruido,
no puede preveer las consecuencias
de una resolucion tan peligrosa;
pero esto no es del caso; lo que os ruega
mi corazon, es solo que al descanso
todos os entregueis, mientras que vela
sobre vuestro sosiego mi cuidado.
Creu. Complacerte deseo.
Anc. En paz te queda.

Vanse, y Eneas mientras se sienta sobre el sofá se quita el morrion, que deja junto á sí, y dice.

Eneas. En paz! en paz! ó qué dificilmente
un oprimido espíritu la encuentra!
Estos latidos que en el pecho siento,
esta grave inquietud, estas ideas
tan lastimosas que vencer no puedo,
presagios son tal vez de la funesta
suerte que por instantes me amenaza,
y una interior irresistible fuerza
me lo persuade.... pero la fatiga....

Aquí empieza una música dulce y triste á una con los versos.

El cansancio.... ¡ó fatal naturaleza!
que aun con tantos cuidados á tus leyes
es imposible hacerles resistencia.

Continúa la música algun espacio, y creciendo por puntos hasta que con aparatoso estrépito se presenta repentinamente la sombra de Hector. Eneas despierta, y queda asombrado, en cuya actitud permanece en tanto que Hector le habla, acompañado de los golpes de música.

Hect. Duermes, hijo de Vénus? ya arde Troya:
cumplióse su destino: ya en pavesas
el Ilion se convierte, vence el Griego,
por la Ciudad la muerte se despliega
repetida en mil formas: ya á tus Lares
voraz el fuego abrasador se acerca.
En vano es el remedio, huye al momento,
recoje las reliquias lastimeras
de este Pueblo infeliz; huye, no tardes;
y pues los altos Cielos te reservan,
haz que en remotos climas nueva Troya,

vuelva á nacer de sus cenizas mesmas.
Desaparece.
Eneas. Hector, mi dulce amigo.... nó tan presto
á mis ojos te ocultes... oye... espera...
Dentro ruido militar.
Sale Eub. Qué haces así, señor, cuando ya Troya
desde sus fundamentos viene á tierra?
Volcan es la Ciudad por todas partes,
solo desolacion y horror se encuentra.
El caballo fatal huestes aborta;
y triunfantes los Griegos....
Eneas. Ten la lengua:
triste de mí! qué escucho! atroz destino!
llegó al último extremo la inclemencia,
de las altas deidades irritadas;
mas pues otro partido no me resta,
morir es necesario, no se diga
que acaba Troya, cuando vive Eneas.

Salen Anquises, y Creusa con Ascanio, y le detienen.

Creu. Dónde vas, luz de mis cansados ojos?
Anq. Dónde, hijo mio, tu furor te lleva?
Ene. A morir, á morir: á que los Griegos
en menudos pedazos me conviertan,
y las ruinas tristes de la Patria
sepulcro honroso de mi vida sean.
Creu. Si ella sola pudiera ser remedio
del estrago comun, yo la primera
sería que tu ardor estimulase,
para sacrificarlo en la defensa
del público interes; pero supuesto
que nada con tu muerte se remedia,
vivir procura, y salva tu familia
de suerte tan fatal, si ya no intentas
que tu esposa infeliz esclavizada
de los Griegos, arrastre las cadenas.
Anq. Si del amor filial la fuerza sientes,
estas ardientes lágrimas que riegan
mi arrugado semblante, te reduzcan,
ya á la razon, ya á compasion te muevan
de tu esposa, y tu hijo, no de un padre,
pues aunque sobre mí la parca venga,
en una inútil trabajosa vida
aun mucho mas que aflije, lisonjea.
Eneas. O prendas amorosas de mi vida,
objeto del rigor de las estrellas,
permitid á lo menos que un instante...
Creu. Y qué ese instante el de tu muerte sea?
no esposo mio; mírame rendida
A sus pies con el Niño.
á tus plantas: señor, mira tu mesma
reproduccion en este amable niño:
Con resolucion.
no permitas ¡ay triste! que perezca
de la casa de Anquises la esperanza.
Pero si ingrato á la naturaleza
nada te mueve, con tu mismo acero
traspásanos el pecho, y á la horrenda
estancia del averno bajarémos
víctimas del rigor de tu violencia.
Anq. Considera que nada se hace acaso
que no en vano los Cielos te preservan,
viviendo la esperanza, todo vive,
y todo muere, cuando muere aquella.
Eneas. Es verdad, reconozco que á otros fines
me destina la suma providencia.
La triste sombra de Hector me lo dijó;
y pues la ley del hado es tan severa,
postrad, talad, ó Griegos fementidos,
el Emporio del Asia, la cabeza
de Frigia, que en los fastos de los tiempos
padron ignominioso en vuestra afrenta
será el recuerdo de tan vil hazaña,
no conseguida con la fuerte diestra
en los marciales bélicos conflictos,
sino con artificios y cautelas,
indignas de los pechos generosos,
en quienes el valor se reconcentra.
Sigamos, pues, las leyes del destino:
tú, Eubéo, cuida de Creusa bella:
tú, padre mio, á mis robustos hombros
sé amable peso, que aunque se opusieran
montes de llamas á las plantas mias,
aunque el infierno todo, de la tierra
rotos los consistentes ligamentos
contra mí concitára de sus negras
y lúgubres moradas todo el fuego,
lo sabria vencer mi fortaleza.

Coge en los hombros á Anquises.

A Dios, patria infeliz y desolada,
y recibe mi llanto por exequias
de un amoroso hijo, que no puede
mas que llorar tan bárbara tragedia.
Vase.

Vista interior de Troya ardiendo. Al compás de la música se deben figurar todas las particularidades propias de la situacion de una ciudad entrada por los enemigos. Eneas con Anquises en los hombros, y Ascanio de la mano, pasa penetrando por las llamas; y cuando ya se ha entrado, Eubeo es acometido de los griegos, y le arrebatan á Creusa: muchos de éstos atraviesan con hachas encendidas por varias partes. Toda esta escena debe ser muda, y finalizada, se descubre la mutacion de selva lo mas extendida que pueda figurarse, y si ser pudiera, se verá ó pintada en el telon, ó como mejor se pueda, la vista de Troya destruida, y sale Eneas furioso con el acero en la mano, y Anquises, Ascanio y los suyos deteniéndole.

Eneas. Dejadme fallecer.
Anq. Cuando los Dioses
con visib'es prodigios te conservan,
y por medio del fuego y de las llamas
paso á tu vida y tu salud franquean,
¿correspondes ingrato á sus favores,
y á un dolor tan sin límites te entregas?
Eneas. Qué sirve retardar inútilmente
la muerte irremediable que me espera?
Creusa idolatrada, dueño mio,
Tierno.
amor de mis amores, dulce prenda
de este doliente corazon cansado,
que en vano esparce al viento sus querellas.
dónde estás, vida mia? qué te has hecho?
por qué en amarga soledad me dejas?
lleváras me contigo por lo menos,
y la parca en un punto dividiera
dos almas tan unidas, tan amantes,
dulcificando del morir la pena.
Suaves contigo fueron mis trabajos;
contigo entre las mas incultas selvas,
en los climas mas duros y remotos,
donde apénas del sol los rayos llegan,
en las hondas cabernas de los montes,
descansada y feliz mi vida fuera;
pero sin ti, pesar, horror y llanto,
penas y confusion solo en mí reynan.
¿Cuál fué el cobarde, el alevoso brazo,
Irritado.
que contener no pudo tu belleza?
el Cáucaso en sus senos intrincados,
el África abrasada en sus arenas,
y de tigres la Hircania engendradora,
no pudo producir fiera mas fiera.
Campos de confusion, campos de Frigia,
teatro de desgracia tan funesta,
nunca la aurora de su fértil seno
sobre vosotros el rocío vierta,
ni os fertilicen apacibles lluvias,
ni del sol las benignas influencias,
é ingratos á la mano agricultora,
solo seais de ponzoñosas bestias
abominable alvergue: hijo querido,
Tierno.
vivo retrato encantador de aquella
que fué en un tiempo, cuando Dios queria,
amable obgeto á las caricias nuestras,
qué es de tu madre? dí, qué es de tu madre?
Las sombras del abismo la rodean,
la region del olvido la sepulta
sin esperanza de volver á verla.
Entrañas de diamante son las mias,
bronce mi pecho, el corazon de piedra:
no se puede morir de sentimiento,
cuando el mio al sepulcro no me lleva.

Música propia de la situacion, y luego prosigue.

Ó tenebrosa noche! ó triste noche!
noche la mas cruel, la mas horrenda
de cuantas en el curso de los siglos
produjo de los tiempos la carrera:
tú sola, sí, tú sola conseguiste
amedrentar el corazon de Eneas.
Ó patria mia! egemplo desdichado
de la fortuna! como al viento niebla
se disipó tu lustre: tus palacios,
tu aparato y magnífica grandeza,
tus fuertes muros y tus altas torres
desde aquí reducidas á pavesas
estoy mirando; todo es sombra y polvo:
ó fortuna mortal perecedera!

Ahora empieza á llenarse el teatro de nubes refulgentes, y en medio de ellas sobre un carro tirado de cisnes apare-

ce Vénus: todo al compás de la música, de modo que no impida la representacion, y dura hasta el fin de la pieza.

Pero qué es lo que miro? Qué prodigio
á mis turbados ojos se presenta?
sobre globos de luz inextinguible
ocupando los ayres ver se deja
bellísima deidad, anticipando
el futnro esplendor del alba bella.
Vén. Eneas? hijo mio?
Eneas. Ó madre mia,
y madre del amor! ya en mis ideas
culpaba de tu auxilio la tardanza:
qué es lo que de mí quieres? qué me ordenas?
Vén. Ya tu esposa Creusa en paz descansa,
y en la hermosa region de las estrellas,
en compañía de los altos dioses
en copas de diamante bebe el néctar:
de tu filial afecto conmovido
el sempiterno Jove, que gobierna
el destino y los hados, ha dispuesto
que al mar te entregues; la abundante Hesperia
el término será de tus trabajos:
venturoso himeneo allí te espera,
donde darás principio á nuevo reyno,
que extenderá el poder de su diadema
sobre toda la faz del universo:
obedece mi voz, y en paz te queda.

Va desapareciendo con lentitud, de modo que si ser pudiere, acabe al mismo tiempo la escena.

Eneas. Oye, aguarda, Señora, no tan presto
me niegues el favor de tu presencia;
pero ya que no es dado á mis deseos
gozar tu vista mas, con solas estas
reliquias miserables de la patria,
restos fatales de su suerte adversa,
siguiendo los preceptos del destino,
á extraños climas, peregrinas tierras
llevaré su memoria, y renovada
la destruida Troya á diligencia
de mi cuidado; crecerá famosa,
en cuanto ciñe el mar y el sol calienta;
y vivirá su nombre respetado
de todas las edades venideras.

FIN.

VALENCIA,

EN LA IMPRENTA DE DOMINGO Y MOMPIÉ. 1819.

EN LA DICHA LIBRERÍA SE HALLAN DE VENTA LAS PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES SIGUIENTES.

PIEZAS EN UN ACTO.

1 Las Hermanas generoras.
2 y 3 Armida y Reynaldo. Primera y segunda parte.
4 Doña Inés de Castro.
5 La Señorita displicente.
6 La Andrómaca.
7 Areo Rey de Armenia.
8 El Amor constante.
9 Hércules y Deyanira.
10 La Familia indigente.
11 La Florentina.
12 Marco Antonio y Cleopatra.
13 El Negro sensible.
14 Polixena.
15 El Esplin.
16 Las Tramas de Garulla.
17 Séneca y Paulina.
18 Los Amantes de Teruel.
19 El Dia de Campo.
20 La Raquél.
21 La Pérdida de España.
22 La Restauracion de España.
23 A pícaro, pícaro y medio.
24 El Atolondrado.
25 La Músico-manía.
26 El Traydor Tiñitas.
27 El Usurero burlado, ó la batalla fingida.
28 El Vellon de oro.
29 Hércules y Neso Centauro.
30 La Buena Esposa.
31 La Escocesa Lambrum.
32 La Librería.
33 La Vieja enamorada.
34 Safo.
35 Telémaco en la isla de Calipso.
36 El Abate enredador.
37 La noche de Troya.
38 El Sueño.

UNIPERSONALES.

Abelardo, ó el amante de Heloisa.
Dido abandonada.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el Currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta Amante de Teruel.
El Arnesto.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Domingo ó el Cochero.
El Entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompegalas, ó el Tiñoso, sentenciado á azotes.
El Jóven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hannibal.
Idomenéo.
Perico el de los palotes.
Pigmalion.
Saul.